

PONENCIA INTRODUCTORIA// EL ÁREA DE RECONOCIMIENTO DE LA FERTILIDAD HUMANA. IDEAS PARA LA REFLEXIÓN. Concepción Medialdea Fernández.

Resumen

Es muy difícil enseñar bien los Métodos de Reconocimiento de la Fertilidad (MRF) si se enseñan desde el área de la salud y sexualidad reproductiva y si usamos la misma terminología que se emplea en la misma, aunque se añada el término «natural» que la mayoría de las personas entiende como «carente de efectos adversos para la salud». Aunque podamos hacerlo, no transmitiríamos bien lo esencial, que es acorde a la naturaleza integral del hombre, que es razonable. Proponemos trabajar desde un área de conocimiento adecuada: *investigar desde el área de reconocimiento de la fertilidad, tratar la infertilidad desde el reconocimiento de la fertilidad. Educar la sexualidad basados en el reconocimiento de la fertilidad, atender la consulta de relaciones familiares anclados en el área de reconocimiento de la fertilidad* y enseñar los MRF al servicio de la paternidad responsable en los distintos ámbitos, clínico, asistencial, universitario etc. desde un área de conocimiento «ad hoc» de la cual apuntamos algunas ideas para el análisis.

Introducción

Proponemos una nueva área de conocimiento: *el área de reconocimiento de la fertilidad*. Queremos enseñar los métodos de reconocimiento de la fertilidad en la consulta clínica, en la universidad, en los centros de orientación familiar... pero siempre desde un área de trabajo y estudio adecuada, desde el *área de reconocimiento de la fertilidad*. Investigar en fertilidad y sexualidad humana desde el reconocimiento de la fertilidad. Conducir la consulta de orientación familiar fundamentados en el reconocimiento de la fertilidad. Tratar la infertilidad desde el *área de reconocimiento de la fertilidad*. Educar la sexualidad infantil, adolescente o adulta desde un área de conocimiento ad hoc cuidando mucho la terminología para que todos puedan entender dónde está el *quid* de la cuestión.

Reconocimiento de la Fertilidad Humana es un área que se nutre de la antropología teológica y de las ciencias humanas, principalmente las ciencias de la salud y de la educación para profundizar en lo relativo a las diferencias y complementariedad entre el varón y la mujer y el sentido que ello conlleva: cómo hemos nacido como una hija o como un hijo para poder llegar a ser una madre o un padre, la vocación al amor aprendida en la familia con asistencia del ámbito educativo y de profesionales especializados. La ayuda mutua entre varón y mujer para la construcción de la familia y la sociedad, o la vocación de la persona en el matrimonio o en el celibato apostólico, en la familia, en la sociedad, y en la Iglesia.

Desde esta área se puede llegar, con distintas claves y peculiaridades, a cualquier persona, creyente o no, adultos, jóvenes y niños, contiene grandes posibilidades pedagógicas, y proyecta luz sobre el inicio y gestación de la vida humana, sobre la identificación y afirmación sexual (la alegría de ser mujer o de ser varón y de aportarlo), sobre el sentido del amor y de la sexualidad humana como entrega y acogida

Concepción Medialdea Fernández. Miembro fundador y directivo del IVAF, imparte la asignatura Reconocimiento de la Fertilidad Humana en el PIJPII sección española (Valencia). El contenido de este artículo lo leyó por primera vez en la sede del PIJPII en Valencia dentro del seminario preparatorio de la 2ª reunión internacional de profesores del PIJPII, Roma, mayo de 2007. [cursos@ivaf.org]

interpersonal, sobre la maternidad y la paternidad biológica y sobre la maternidad y paternidad espiritual a través de la sponsalidad con Cristo. En definitiva sobre los signos de la vocación al amor don en el cuerpo y en el alma de la persona humana.

Queremos educar la sexualidad en la verdad con una ciencia de primera línea y también con ayuda de lo aprendido de Juan Pablo, de San Josemaría, a través de los documentos de la Iglesia Católica. Pretendemos contribuir a labrar una nueva cultura de la sexualidad y fertilidad humana, ayudar a redescubrir la verdad de la persona, de su sexualidad y fecundidad y aportar claves para que los niños, los adolescentes, los jóvenes y los adultos puedan encajar las piezas en su entendimiento y después ensamblar entendimiento y voluntad.

Con espíritu positivo, afirmativo y atractivo ayudaremos a desvelar un nuevo horizonte, a borrar la falsa imagen que se transmite con frecuencia a través de los medios de comunicación, la que pretenden imponer desde altas instancias y poderes y que ha penetrado en tantos ambientes donde ya no se entiende la sexualidad como don de uno mismo en el amor y para la vida, sino como un juego de ruleta rusa, sin trascendencia ni opción vital, como un uso y un abuso que incluye o lleva a la negación y aniquilamiento de la persona.

A través de la educación en virtudes capacitaremos para vivir la belleza que contiene en sí misma la relación interpersonal que conforman un hombre y una mujer que descubren su vocación en el matrimonio y que deciden unir sus vidas para siempre y formar una familia, así como la belleza de la vocación a la virginidad por el reino de los cielos, para que niños y jóvenes puedan prepararse desde antes de proyectar lo que serán en un futuro y que antes que nada será ser un buen padre o una buena madre, si bien cada cual en su vocación particular.

Ideas para el análisis en relación al área de reconocimiento de la fertilidad

1.- La forma sigue a la función:

Se trata del plan Divino de la Creación pero mostrado en principio de forma que lo pueda entender también quien no lo conoce o no tiene fe. Cuando un diseñador se plantea diseñar un objeto lo primero que hace es pensar en el uso que va a tener, en cual será su finalidad. Necesita saberlo para poder darle una forma y potencialidad adecuada. Observar cómo es el hombre: varón y mujer nos ayuda a entender el sentido de su vida, su vocación.

El hombre lo es como varón o como mujer¹, hay diferencias entre el uno y la otra, diferencias físicas y diferencias psíquicas, unas observables a simple vista y otras reconocibles a través del estudio científico o de la simple observación del comportamiento que han sido base de muchos estudios y se reflejan en diversos libros², y hay diferencia espiritual en el modo de entender y de amar.

El sistema genital masculino tiene la función de hacer posible la procreación, lo mismo que el sistema genital femenino, y el ciclo ovárico es un ciclo de fertilidad. Pero el sistema genital femenino necesita del masculino para la procreación y viceversa, el hombre y la mujer se necesitan para tener a los hijos. A otros niveles del cuerpo humano se aprecian también diferencias, así el cerebro, las manos, los músculos, la estructura ósea... no son iguales pero, aunque ello tiene también su sentido, pueden cumplir su función por separado. Pero varón y mujer están incompletos para la procreación. Mujer y varón se complementan

¹ Dios creo al hombre, "hombre y mujer los creó": Génesis 1, 27.

² Cfr. Natalia Lopez Moratalla, Cerebro de mujer y cerebro de varón, Rialp, Madrid 2007; María Calvo Charro, Niñas y niños, hombres y mujeres: Iguales pero diferentes; Almuzara, Córdoba 2007; A. y B. Pease, Por qué los hombres no escuchan y las mujeres no entienden los mapas, Amat, Barcelona 2002.

perfectamente hasta el punto de que pueden compenetrarse al máximo en cuerpo y alma, ser una sola carne con afectación de toda su persona y de su vida. Se trata de una unión pensada para la comunión interpersonal varón-mujer, y para la transmisión de la vida y educación de los hijos. Varón y mujer son distintos en todo su ser personal, y en la complementariedad pueden descubrir la co-vocación a la copaternidad en su co-fertilidad, a ser padre el uno a través y con el otro.

También en los animales es distinto el aparato reproductor del macho y de la hembra, los animales contribuyen también a la creación pero la diferencia es que no lo saben, no lo pueden saber, lo hacen siguiendo su instinto y no pueden desentenderse de ello, no son libres. No es así en la persona, porque habiendo una atracción y un impulso sexual hacia el sexo contrario, puede desentenderse de ello. El hombre que decide mantener relaciones sexuales puede conocer cómo funciona su co-fertilidad y puede decidir, de mutuo acuerdo, su conducta sexual. La persona puede, y por ello tiene que descubrir el plan de Dios para poder colaborar con El con inteligencia y libertad. El hombre está llamado ser co-responsable y co-creador, así en el hombre hablamos de pro-creación porque está llamado a colaborar con el Creador. Sólo el ser humano que lo es como mujer o como varón puede y por ello debe aprender a conjugar amor y responsabilidad.

Hay una atracción normal entre ambos sexos que se despierta a partir de la pubertad, que si es integrada en la persona, madurada desde la amistad y conocimiento del otro puede dar como fruto la decisión del mutuo don, la decisión de casarse y de formar una familia. Si nos fijamos sólo en el sistema genital femenino y masculino vemos enseguida que el uno necesita del otro, que es para el otro, y al comprobar que el hombre no está condicionado se descubre que sólo tendrá sentido como respuesta libre, por amor al otro y al mismo tiempo al hijo, a los hijos fruto de ese amor. Si se trata de verdadera acogida del otro, en el abrazo conyugal se verá y se acogerá al hijo quien por su parte tiene derecho a venir al mundo en el ámbito de ese abrazo, lugar de la procreación, y por ende en la familia conformada por el matrimonio de sus padres así como derecho a ser amado y esperado desde antes de ser engendrado.

La persona puede ignorar que hay un sabio y Divino diseño y vivir una sexualidad siguiendo sus apetencias sin más, pero antes o después se daría cuenta de que su vida no tiene sentido y se encontraría perdida. Por otra parte, partiendo de la diferencia sexual, y de la capacidad de elegir puede llegar a descubrir el sentido de su vida, no solo de la llamada a contribuir en la creación, sino también la llamada a acoger al otro y a ser acogido por el otro. En definitiva, la vocación de todo ser humano al amor que unos encuentran en el matrimonio y otros en el celibato apostólico.

Si nos fijamos en el hombre y en la mujer podremos entender que la sexualidad, ser mujer o varón, es para la paternidad, para la fecundidad física y/o espiritual a través del amor oblativo, en definitiva para construir familia.

2.- La familia, escuela para todos de vocación radical al amor

Desde la reflexión sobre la persona, hombre + mujer, vínculo interpersonal, comunión personal, dos que son uno, binomio fecundo que constituye y fundamenta la unidad familiar, y sobre todo viviendo en una familia fundada en un verdadero matrimonio se aprende a ser querido y se aprende a querer de modo incondicional. No todos tienen una buena familia pero a todos se la podemos mostrar.

En la buena familia se recibe la vida que es fruto del amor y que viene al amor familiar. La familia está presente en todos los lugares del mundo y es el entorno donde cada uno se siente querido por sí mismo, y así deber de ser porque ello capacita para ir descubriendo, poco a poco, la llamada radical al amor, el sentido de la vida de los casados y de los no casados.

A los creyentes podemos mostrar el Amor Originario: la primera familia. «La primera familia es la

Santísima Trinidad» nos dice Juan Pablo II en su Carta³ a las familias y añadió en muchas ocasiones que en la «communio personarum», podemos ver, de alguna manera, la comunidad de Amor Trinitario. Les podemos mostrar también la familia de Nazaret, la que formaron Jesús, María y José.

Y a todos, creyentes o no, les podemos poner otros ejemplos de familia más cercanos de nuestro entorno. Podemos mostrar el recto concepto de amor conyugal: el hombre y mujer corriente, el verdadero matrimonio y la verdadera familia humana, sus rasgos positivos, sus actos humanos de servicio y abnegación. Mostraremos el hombre y la mujer que por amor se unen por siempre para formar una familia, que tratan de permanecer siempre unidos por el bien de sus hijos y de la sociedad, con todo lo que ello representa en cuanto a sacrificio y entrega personal por el bien del otro. Hay que ayudar a redescubrir que es el servicio hacia el otro en la familia lo que da sentido a la vida y lo que es fuente de alegría.

Casi todos estamos de acuerdo en que es un ejemplo muy valioso de vocación radical de amor el de quienes se entregan solo a Dios y con el amor de Dios cuidan a los demás: enseñan o asisten a niños huérfanos o abandonados, a personas discapacitadas, a enfermos sin familia o ancianos desamparados. Pero no parece, hoy en día, que todos estemos de acuerdo en que es ejemplo preciosísimo de amor radical el de quienes se casan y cuidan con amor de su esposo o esposa y de sus hijos ¡cuantos detalles del mejor amor se pueden observar en lo interno de una familia! cuánta dedicación al niño enfermo que llora de noche y de día o al niño al que le cuesta estudiar, cuanta siembra de amor al educar con paciencia y sin desánimo día tras día, al atender al familiar discapacitado o anciano, que gran tesoro. Si todos estamos en esto de acuerdo ¿cómo es que tantos no se casan o se separan o divorcian o se abandonan, como es que se impide que vengan los hijos o incluso se les mata, como es que se dedica muy poco tiempo a estar con los hijos y a educarlos? Este trabajo de dedicación intrafamiliar es principal, deben realizarlo unidos varón y mujer, madre y padre y su valor será muy alto si se realiza con mucho amor de esposa-madre o de esposo-padre.

Todos, independientemente de cual vaya a ser nuestra vocación, necesitamos crecer en una familia fundada sobre el matrimonio, fundada sobre el binomio hombre + mujer, para poder entendernos a nosotros mismos y para descubrir el sentido de nuestra vida y llegar a ser capaces de darnos generosamente a los demás algún día en el matrimonio o en el celibato apostólico. Recibiendo y reconociendo el amor que nuestros padres nos tienen y el que se tienen entre sí, podemos recibir y reconocer mejor el amor de Dios.

A través del matrimonio y la familia todos podemos mostrar y transmitir un lenguaje de amor y de vida, de reconocimiento de la persona del otro y de cómo debe ser tratado, de amor esponsal casto, de amor paterno filial y de amor fraternal, que permita redescubrir la grandeza de la comunidad de amor que conforman el hombre y la mujer que encuentran su camino, su realización en el matrimonio, así como la grandeza del camino vital de quien descubre su vocación en su entrega total a Dios siendo, ambos caminos, para ayudar a la familia humana y para construir juntos la civilización del amor de la que han hablado los últimos pontífices, así como una verdadera cultura de la vida.

3- Vocación al matrimonio o al celibato apostólico, ambos por igual camino de santidad

Perdura una mentalidad equivocada en determinados ambientes según la cual las relaciones sexuales, dentro del matrimonio, no son camino para aspirar a la misma santidad que el célibe, sino que más bien serían un obstáculo. Pero las relaciones sexuales, que encuentran su sentido en el contexto de la vida

³ Cfr Juan Pablo II. Veritatis Splendor, 24b. // Benedicto XVI. Homilía del 9 de Julio de 2006.

matrimonial, porque sirven para tener a los hijos y para expresar un amor interpersonal pleno entre varón y mujer, pueden ser santificadas y ser santificantes. Se trata de expresar un amor integrado, corporal y espiritual al mismo tiempo, fiel, exclusivo, total y abierto a la vida. Claro que expresar bien todo ello en cada relación sexual y en todo el contexto de la vida matrimonial y familiar no es fácil, y que hay que trabajar juntos para lograrlo durante toda la vida, se va realizando poco a poco, pero es posible con la ayuda de Dios.

Las relaciones sexuales pueden ser una ayuda por suavizar las demás relaciones entre marido y mujer, pero requerirán superar y amar las diferencias si es que de verdad se pretende expresar un amor así. El hombre y la mujer que deciden «ser juntos», son distintos, no desean o necesitan las mismas cosas y además siempre suele haber uno más necesitado que el otro en el terreno de la pasión sexual. El amor don enseñará a encontrar un término medio a lo largo de la vida conyugal, a entender que el autodomínio es necesario para poder hacer feliz al otro porque sólo pensando más en el otro que en uno mismo es posible hacerle feliz en este terreno, como también en cualquier otro aspecto de la vida de relación matrimonial y familiar.

Dejarse llevar por la pasión es fácil, pero no es el camino para hacer feliz al otro porque lo que apetece al hombre cuando desea a su mujer es distinto de lo que necesita la mujer y viceversa. Es necesario hablar, tener paciencia, perdonar, confiar en el cariño del otro a pesar de la torpeza inicial y recurrente, y a pesar de los cambios de necesidad que se producen en el transcurso de la vida. No es fácil, la relación sexual puede llegar a ser una maravilla con el tiempo para el esposo y la esposa, pero la condición es el sacrificio personal y paciente de cada uno, que es costoso y alegre. Es un trabajo para toda la vida, hará falta mucho amor, comprensión, delicadeza por parte de ambos, o al menos que uno de los dos aspire de verdad a la santidad y que, con la ayuda de Dios, facilite al otro el camino y el encuentro con Dios.

Las diferencias producen roce y desgaste en ese tratar de ser uno con el otro, una y otra vez, a pesar de la incomprensión, del disgusto o desacuerdo, un día y otro, pero tiene un sentido porque sirven para aprender, para crecer como persona, para crecer ambos en virtudes. Es necesario redescubrir que aprender a darse, vivir dándose, vivir para el otro y llegar a ser uno con el otro, es una tarea que vale mucho la pena y es la única posibilidad de ser feliz para quienes tienen vocación matrimonial, porque se realiza el sentido de su vida, pero no es fácil, incluso es muy difícil.

La diferencia brinda la posibilidad de enriquecer al otro con las cosas buenas que tenemos, de enriquecernos con aspectos positivos que posee el otro. Con la convivencia mejoramos, pero al mismo tiempo la diferencia constituye una dificultad de entendimiento en la convivencia que hay que aprender a superar viviéndola de modo complementario.

Así, en el camino que lleva al matrimonio, y sobre todo en el camino de la misma vida matrimonial hay mucho que aprender y crecer para poder lograr un buen binomio, una buena comunión personal matrimonial, familiar y social. Del mismo modo, en el camino que lleva a descubrir la vocación de una vida de entrega a los demás sin casarse y a lo largo de la misma se precisa mucha disponibilidad y hay mucho que crecer y mejorar hasta lograr una verdadera comunión interpersonal con Dios y con los demás. En ambos casos es tarea de toda la vida.

La vida de los que descubren su vocación en el matrimonio no siempre, o no desde el principio, es el descubrimiento de que eso es lo que Dios quiere de uno. Algunos sí que descubren la llamada de Dios antes del matrimonio y saben antes de casarse que es el matrimonio su vocación espiritual, su camino para encontrar a Dios, por eso van detrás de Dios desde el principio de su vida matrimonial. Pero otros, al menos al principio, solo van detrás de la persona de quien se han enamorado porque entienden que la necesitan, que es la luz que ilumina su camino y solo más tarde, si no se desvían del buen camino, pueden descubrir que en realidad van juntos detrás de Dios.

Entre quienes se casan, hay quienes nunca descubren, en esta tierra, que van detrás de Dios, pero, aunque no llegasen a descubrirlo, el camino de entrega a la persona amada, si es buen querer, si se sigue con rectitud de intención, es camino seguro para encontrar a Dios.

En el camino de quienes descubren su vocación en permanecer solteros por Dios, y solo para Dios, en el celibato apostólico o virginidad por el reino de los cielos, evidentemente está Dios, siempre, en el principio de su camino, pero Dios les lleva también, si no se desvían del buen camino, a la comunión con los demás por Él y en Él. Si se tiene presente a Dios, ambas vocaciones se parecen mucho yendo al meollo de cuestión: entregarse a Dios, y por Dios a los demás, o entregarse a Dios, y por Dios al marido / a la mujer, a los hijos, a los demás. En ambos casos se trata de entregarse a Dios y a los demás por Dios. Ambos caminos son el mismo en definitiva, porque la estructura de la caridad es común a las vocaciones, y ambos caminos llegan al mismo sitio. Algunos lo descubren al principio, otros pueden llegar a descubrirlo más adelante. Y un camino para descubrirlo es observar la creación, y especialmente observar a la persona, a la persona que vive entregada, por amor, también como hombre y mujer casados.

4.- El matrimonio como origen de la familia

Los hijos tienen derecho a venir al mundo en la familia fundada por el matrimonio (varón y mujer), en el seno de su madre, a surgir a la vida como fruto del amor conyugal y a ser acogidos en el amor familiar⁴. De este derecho del hijo se deriva el deber de sus padres.

Toda persona adulta que se plantee mantener relaciones sexuales debería de pensar que podría ser padre, pensar en el hijo que podría engendrar al tenerlas y asumir por tanto su responsabilidad ante la Creación, que por ser de dos en uno es co-responsabilidad procreativa.

Los adolescentes y jóvenes que se crean maduros para tener sexo deberían preguntarse si son lo bastante maduros para ser padres, porque al iniciar la actividad sexual podrían engendrar un hijo. Cada vida es importante en sí misma, de modo que los adolescentes y jóvenes, quienes no están casados, deberían abstenerse responsablemente de las relaciones sexuales hasta que se casen como lo requiere el ejercicio de su responsabilidad procreativa.

Los novios deberían ser procreativamente responsables y precisamente porque asumen su responsabilidad ante la procreación de nuevas vidas deben abstenerse de tener relaciones sexuales hasta ser matrimonio, y en coherencia con ello, ser delicados y respetuosos en sus demostraciones de cariño entendiendo que el respeto y paciencia logrados durante su noviazgo garantizan en cierto modo el respeto y paciencia que serán necesarios en su futura vida matrimonial.

El matrimonio es origen de la familia, y no debe ser, en esto, sustituido por nadie. Sólo en el contexto del amor conyugal se garantiza el respeto hacia el hijo, sólo sus padres, en su abrazo de amor, pueden tratarle como merece en el momento de su concepción. Al realizar la inseminación artificial o la fecundación in Vitro se sustituye al matrimonio en esa su misión propia y fundamental, olvidando el bien del hijo. Los esposos-padres, los matrimonios⁵ no deberían ser, en ello, sustituidos por nadie. Hay que ayudar a los matrimonios, a quienes se casan, para que puedan tener y educar a sus hijos.

4 Cfr. Instrucción pastoral *Dignitas Personae*, 6: «El origen de la vida humana, por otro lado, tiene su auténtico contexto en el matrimonio y la familia, donde es generada por medio de un acto que expresa el amor recíproco entre el hombre y la mujer. Una procreación verdaderamente responsable para con quien ha de nacer es fruto del matrimonio».

5 Al decir matrimonio nos referimos al formado entre un varón y una mujer que se unen para siempre con vistas a formar una familia.

Hoy en día se ha difuminado e incluso esfumado en algunos casos la responsabilidad procreativa. Tantas veces, y en tantos sitios, empieza a vivir el ser humano sin ser reconocido como hijo o hija de nadie, siendo sólo un conflicto que muchas veces se liquida. Por eso, en la familia y en la escuela, y desde la más tierna infancia, hay que educar a los hijos en la responsabilidad procreativa mediante el reconocimiento de la fertilidad que puede ser transmitido de diversas maneras adecuadas a las distintas edades⁶.

5. El matrimonio como fundamento de la familia

Si funciona el matrimonio, funciona la familia porque el matrimonio es fundamento, cimiento, roca, de la familia. En las familias unidas y bien cimentadas los hijos se capacitan para formar a su vez matrimonios y familias estables. Por eso en estos tiempos en que vemos fracasar tantos matrimonios y percibimos tanto miedo a casarse, queremos encontrar el modo de revertir la situación, y una de las claves es ayudar a redescubrir la verdad de la persona: varón y mujer, y la verdad del binomio hombre-mujer que conforma la unión conyugal como vocación al amor, como camino de entrega y acogida total e íntima que hay que renovar y mantener viva.

Hoy muchos jóvenes miran con desconfianza el futuro, retrasan el matrimonio o rehúsan siquiera plantearse, les falta confianza en la fidelidad matrimonial, no confían en que su matrimonio pueda ser para siempre sin darse cuenta de que ello depende, en realidad, más de ellos mismos que de las circunstancias externas y que la clave está en vivir de verdad para ayudar al otro, buscar y aprender a ayudar mejor. El hombre es para ayudar a la mujer y la mujer para ayudar al varón.

Todo lo que hagamos para mostrar la posibilidad de diálogo, buena relación y respeto entre ambos sexos, servirá también para mostrar la posibilidad de la comunión entre el hombre y mujer que se casan. Hay a veces una sensación de incompatibilidad, de confrontación hombre-mujer, demasiado machismo y demasiado feminismo, la realidad es que el hombre necesita a la mujer y viceversa, y que el mundo necesita a ambos trabajando en su construcción. Sea en la amistad, en la convivencia laboral, sea en la convivencia conyugal, es necesario el entendimiento, la amistad y el respeto mutuo, y todo lo que contribuya a ello servirá también para reforzar el matrimonio y la familia. Al contrario, todo lo que se hace para distanciar a la mujer del hombre, o lo que contribuya a rebajar la dignidad de uno de los dos es causa de destrucción familiar. Es el varón quien no debe consentir que se rebaje a la mujer y viceversa.

Hoy estamos en un buen punto de partida para que pueda haber una interrelación personal matrimonial mejor y más consistente porque en la actualidad, hombre y mujer están a un mismo nivel de formación. La mayoría de las mujeres ha recibido la misma formación que recibe la mayoría de los varones, y por eso, hoy ambos, mediante la amistad, en el noviazgo y en el matrimonio, pueden comunicarse y entenderse mejor, reflexionar juntos y compartir inquietudes. En el matrimonio, hoy, es posible la amistad entre marido y mujer, la complicidad, el trato de igual a igual, el gobierno conjunto de la familia, donde cada uno pone con total entrega lo que tiene junto con el respeto y la admiración mutua. Todo ello facilita la amistad y es muy bueno porque la amistad conyugal da como fruto la caridad conyugal.

Pero aún hay mucho que estudiar y trabajar desde la interdisciplinariedad en el área del reconocimiento de la fertilidad sobre el concepto y la verdad de la persona: varón y mujer: ciencias humanas, antropología teológica, bioética... No podemos fomentar, ni siquiera por ser indiferentes, la dominación, el engaño o el desencuentro, las desavenencias, el desprecio, la utilización, el egoísmo, porque ello daña a la persona, varón y mujer, a ambos, y por tanto al matrimonio, contribuye a que no se entienda el celibato apostólico, a debilitar la familia porque se funda en el matrimonio, y a debilitar la sociedad porque la sostiene la familia, la sostenemos todos, hombres y mujeres, célibes y casados.

⁶ Concepción Medialdea (Coord.) Educación de la sexualidad para el amor. Dirigido a niños de 3 a 12 años. Pp. 42-43.

Hay que aspirar como nos dice Juan Pablo II a la igualdad en la comunión porque «solo la igualdad, resultante de la dignidad de ambos como personas, puede dar a la relación recíproca el carácter de una auténtica «communio personarum». Por eso, «La unión matrimonial exige el respeto y el perfeccionamiento de la verdadera subjetividad personal de ambos. La igual dignidad es tan cierta como cierta es la diferencia, que maravilla que seamos en muchos aspectos diferentes, que haya niñas y niños, chicos y chicas, mujeres y varones. Hay que esforzarse en que se conozca la verdad de la persona, varón y mujer.

Según la reflexión de Juan Pablo II, ambos, el hombre y la mujer, tienen que entregarse el uno al otro mediante el «don sincero de sí». Pero, a quien se deben entregar ambos, animados porque Él lo hizo primero, dándonos ejemplo a todos, es a Cristo, Dios y hombre. Y es cierto que solo podemos darnos totalmente, sin reserva alguna, a Cristo, que se entregó primero por nosotros, pero que eso no es posible hacerlo de forma tan radical con un hombre o una mujer, se va realizando con la ayuda de Dios. Eso sí, en esto de servir, amar, «darse», tal vez la mujer, si es fiel a sí misma, puede enseñar al hombre a amar, a servir, a ser más generoso, a ser don, a llegar, a través del amor, al Amor. Muchas veces será poniendo amor donde no hay amor, o poniendo mucho amor donde hay poco o menos, y es tal vez, sobre todo en esto, en lo que la mujer es ayuda para el hombre, pero no siempre es así porque no ayuda quien quiere, sino quien puede a condición de querer.

Quienes se casan se entregan, no para estar sometidos con servilismo, de forma totalmente ciega y dispuestos a cualquier cosa que pida el otro, con resignación o por necesidad del tipo que fuere, tampoco para someter o usar al otro, sino para estar al servicio del otro con libertad y responsabilidad, para querer bien, con inteligencia y voluntad, para hacer feliz al otro. Para conseguirlo hay que educarse permanentemente en la virtud de la castidad y de la caridad que son virtudes muy relacionadas que se reclaman entre sí.

Es necesario educarse y ayudarse mutuamente desde el principio, respetarse, hablar, para que con tiempo y paciencia pueda mejorar la relación y pueda llegar a ser una verdadera comunión interpersonal. Ayudará a ello el mejor conocimiento propio y el mejor conocimiento del otro, así como el conocimiento de la verdad de la persona.

Si conseguimos resaltar la belleza y verdad de la persona mujer y de la persona varón, la del matrimonio, si ayudamos a descubrir el amor entre hombre y mujer y la paternidad como vocación, como tarea, estaremos trabajando para que la persona, varón y mujer, la relación conyugal, pueda ser de nuevo fundamento, cimiento, roca de la familia y de la sociedad.

6.- El matrimonio, varón y mujer entregados el uno al otro, una pedagogía de paz y solidaridad para el mundo

La familia es fundamento de la sociedad porque la sociedad es una familia de familias. En familia se aprende a convivir con las personas de distinto sexo, distinto carácter, distinta edad, distinta salud o capacidad. Por otra parte, observando a matrimonios que han logrado construir un buen binomio con la ayuda de Dios, observando su íntima comunión personal se atisba una esperanza de convivencia pacífica con el distinto, también en el ámbito social. Por eso, la educación para la convivencia y la paz social empieza y surge de la familia.

Se trata de un camino que empieza en la niñez, es en la infancia cuando hay que empezar a sacar partido de esta escuela de la persona: mujer + varón, en casa y en el colegio mostrando el modelo de los padres y de otros padres, el por qué de las diferencias corporales, diferencias en el modo de expresarse, en el modo de pensar y de querer, junto con la complementariedad, la entrega y la acogida elegida

libre y generosamente, la transmisión de la vida, la ayuda mutua, el respeto, la paciencia, el perdón, el agradecimiento, o el espíritu de servicio en la relación de los padres entre sí, de los padres con los hijos y viceversa, en la convivencia entre los hermanos, en la atención y cariño a los abuelos. Las diferencias, la atracción, la libertad de decidir y el amor como motor.

Para una buena convivencia social, hay que seguir el mismo camino que se sigue en el ámbito de la buena familia: hay que entenderse con las demás personas, por muy distintas que sean, y aprender a hacerles felices, hay que emprender un camino de conocimiento propio y de conocimiento del otro, aprender a conversar y a escuchar. Por eso hay que enseñar y fomentar la comunicación en la familia durante la infancia, la comunicación y la amistad entre chicos y chicas durante la adolescencia-juventud, durante el noviazgo y después en el matrimonio porque hace falta conocer y respetar las diferencias y aportar cada uno lo suyo propio al bien común.

En el matrimonio y en la familia, cada uno tendrá que aprender a poner todo lo que tiene para sacar adelante el proyecto común: su cabeza, sus manos, su corazón, su voluntad, si tiene más, más, si tiene menos, menos. Después, en la convivencia social, será también necesario en la relación con las demás personas, y lo aprendido en familia será fundamental. Aprender a hacer un buen equipo en el matrimonio y la familia es un primer paso necesario para poder después entender, respetar y hacer equipo con otras personas que son diferentes por edad, educación, cultura o raza, por eso lo vivido en familia es un entrenamiento para construir la solidaridad y la paz en el mundo.

En familia se aprende mejor a compartir si hay, como es lo habitual, hermanos y hermanas. Se descubre la belleza de la dualidad hombre-mujer, y es por ello el mejor punto de partida para aprender a encontrar, desde la diferencia, lo que une, y con ello a convivir, a respetar las diferencias de modo que no constituyan nunca una barrera infranqueable, ni dentro de la propia familia ni después en cualquier otra relación social. En familia se aprende a poner lo que cada uno tiene al servicio de los demás, y a aceptar y agradecer lo que el otro le aporta.

De la existencia y de la observación del buen matrimonio surge una esperanza de solidaridad y de paz para el mundo. Como enseña el Papa, «Solo la roca del amor total e irrevocable entre el hombre y la mujer es capaz de fundamentar la construcción de una sociedad que se convierta en una casa para todos los hombres»⁷. Es una esperanza justificada porque se apoya en el Amor de Dios, en la entrega a Cristo. Pero la podemos justificar también dando sólo razones humanas, porque si es posible, aunque no lo sea en todos los casos, la convivencia y hasta la comunión personal entre un hombre y una mujer que son distintos por ser personas de sexo diferente, y que son además distintos por otros motivos: a veces porque son de distinta raza o religión, desde luego porque se han criado y han vivido muchos años en familias distintas y lugares distintos, en ocasiones incluso en países y culturas muy diferentes, y encontramos muchos ejemplos que muestran que es posible, entonces hay esperanza de entendimiento.

En la historia de la humanidad ha habido y hay abuso e injusticia, racismo y arrinconamiento de los diferentes y de los débiles, e incluso exterminio por parte de los poderosos, por parte de quienes se creen superiores por algún motivo. El desencuentro entre el varón y la mujer fue el primero de la historia de la humanidad⁸, y será el último. Soñemos que es posible la igualdad en la diferencia, el entendimiento, el respeto, la buena convivencia, la comunión entre varón y mujer como lo fue en el principio.

⁷ Benedicto XVI. Congreso "Amar el amor humano: la herencia de Juan Pablo II sobre el matrimonio y la familia". Discurso al PIJPII, Roma 11 de mayo de 2006.

⁸ Es en realidad el segundo porque el primero se dio entre el hombre y Dios a consecuencia del pecado original. El desencuentro entre varón y mujer fue consecuencia del desencuentro de cada uno con Dios y, por eso, estar unido a Cristo, tanto el varón por su parte como la mujer por la suya, posibilita la paz y el encuentro constructivo entre ambos, la adecuada comunión interpersonal. Decimos que será el último en resolverse en la historia de la humanidad, pero puede resolverse hoy en una convivencia matrimonial concreta, con la ayuda de Dios.

Si fuese así, sería posible acabar, y quedaría sin justificación, cualquier otra desigualdad o maltrato entre personas con otras diferencias, dejaríamos de creer que se puede poseer, utilizar, someter a alguna persona.

Si la comunión entre hombre y mujer lo fuese de verdad, la unión hace la fuerza, la fuerza del amor, sería impensable, entre otras cosas, el aborto provocado, y sería posible la solidaridad y la paz mundial.

Conclusiones

Los términos 1) «Reconocimiento de la Fertilidad» (RF)/«Área de Reconocimiento de la Fertilidad» (ARF) y el término 2) «Métodos de Reconocimiento de la Fertilidad» (MRF) no son intercambiables entre sí aunque ambos, área y métodos sirven, de algún modo, para reconocer signos en el cuerpo y en el alma relativos a la tarea de paternidad, a la paternidad responsable.

1.- «reconocimiento de la fertilidad» o «área de reconocimiento de la fertilidad», es un ámbito de estudio y trabajo, un lugar y camino para reconocer y para ayudar a otros a reconocer la vocación y tarea de paternidad a través del amor sponsal. Es lugar de ayuda en las distintas edades y ámbitos para encajar las piezas del puzzle de la sexualidad en el entendimiento y para, practicando y creciendo en virtudes, poder amar con entendimiento y con la voluntad de amar bien. Sirve para lograr que la sexualidad sea reconocida como riqueza de toda la persona que expresa su verdadero significado al llevar a la persona hacia el don de sí misma en el amor⁹, como mujer o como varón, como esposa o esposo, como madre o padre cabal.

2.- Los «Métodos de Reconocimiento de la Fertilidad» sirven para, aplicando unas reglas concretas, y por ello un método particular, poder reconocer con precisión los límites entre el periodo fértil del ciclo ovárico y los periodos infértiles preovulatorio y posovulatorio del mismo. Hay MRF tradicionales de uso en casa: Billings, Sintotérmico, Temperatura basal. Hay MRF técnicos de uso en casa y hay MRF de uso en clínica. Este conocimiento sirve a los matrimonios en el ejercicio de su paternidad responsable.

Proponemos que se aporten las contribuciones del III Congreso Internacional en Reconocimiento de la Fertilidad, aquellas que los ponentes, desde las distintas disciplinas, deseen aportar para componer juntos un área de conocimiento y trabajo adecuada, el ARF, que es un ámbito donde reina el mayor respeto por la vida humana en todos sus estadios y estados, así como el respeto y reconocimiento de la persona: mujer y varón. Los aquí presentes trabajamos en esta área por y para la persona, el matrimonio, la familia y la vida y para eso estamos aquí reunidos en la Universidad de Piura sede Lima, capital de Perú. Muchas gracias.

⁹ Así lo expresó Juan Pablo II en *Evangelium Vitae*, 97b.